

XACINTO DE EVIA: RAMILLETE DE VARIAS FLORES POÉTICAS RECOGIDAS Y CULTIVADAS EN LOS PRIMEROS ABRILES DE SUS AÑOS

Rodrigo Pesántez Rodas

De más allá del silencio, casi del olvido, retorna un hijo pródigo a la literatura: ¡un libro! Único en el tiempo, variado en su textura y en sus pisos, pero robusto al fin, porque ha sabido vencer tres siglos de indiferencia oficial. No exageramos si decimos que el *Ramillete de varias flores poéticas, recogidas y cultivadas en los primeros abriles de sus años* por el sacerdote guayaquileño Xacinto de Evia es el mayor documento literario de conjunto que se dio en la América Hispana en tiempos de la Colonia. Confluyen en él no sólo autores diversos sino obra de multiplicidad genérica y temática; estilos y cauces que lograron impregnar su huella en la historia de nuestras literaturas: en la de Ecuador, dándole cronológicamente a su primer bardo con obra: Antonio Bastidas, y en la de Colombia, signándole la más alta cifra poética de la Colonia: Hernando Domínguez Camargo.

Así es. Así fue. El *Ramillete* vio la luz primera fuera de nuestras fronteras: en Madrid, en la imprenta de Nicolás de Xamares, mercader de libros, año 1676, aunque casi en todos los poquísimos ejemplares que hoy reposan en contadas bibliotecas de América y España, llevan en el colofón el año 1675. Hoy, gracias a la iniciativa primero (y esto es un mérito imponderable) y luego al generoso apoyo del Frente de Afirmación Hispánica, A.C. de México y al de su director, el poeta y ensayista Fredo Arias de la Canal, vuelve al escenario y esta vez –para orgullo nuestro– puertas adentro.

Un poco de historia

El *Ramillete* tiene su propia historia que ha ido tomando directrices cada vez más justas y esclarecedoras gracias a las investigaciones y estudios realizados por algunos de nuestros mejores literatos. El primer punto de orden se lo debemos al jesuita quiteño P. Aurelio Espinosa Pólit (1894-1961) que echó por tierra la afirmación de don Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912) quien en su *Antología de Poetas Hispanoamericanos*, tomo III, p. LXXXVII, afirma que Bastidas es español, de Sevilla. Como Bastidas fue jesuita igual que el P. Espinosa Pólit, éste con la acuciosidad y morosidad investigativa directa, empezó a desempolvar viejos archivos de la Compañía de los Hijos de Loyola, institución muy prolija en registrar datos y señas de quienes ingresan y profesan en su Congregación. Y se hizo la luz; en el *Libro del Noviciado de la Provincia Quitense* se encontró la primera pista verdadera: estaba registrado el nombre del novicio Ant. de Bastidas (folio 81). Más tarde logra confirmar sus investigaciones cuando en el tratado bibliográfico de los Padres José Eguren de Uriarte y Mariano Lecina, jesuitas los dos, titulado *Biblioteca de Escritores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la antigua Asistencia de España desde sus orígenes hasta el año de 1773*, encuentra la siguiente ficha:

Bastidas Antonio. Nació en Guayaquil (Ecuador) hacia el año de 1615; entró en la Provincia de Quito el 14 de mayo de 1632 e hizo la profesión de cuatro votos el 25 de agosto de 1654. Después

de haber enseñado humanidades se dedicó a los Ministerios Sagrados, especialmente a la predicación con los españoles. Murió en Santa Fe del Nuevo Reino de Granada el 1 de diciembre de 1681. Años después don Pedro Robles Chambers amplió la información: Antonio Bastidas fue hijo legítimo de don Jacinto Bastidas, escribano público de Guayaquil y de doña María de Carranza¹.

Xacinto de Evia: el protagonista

Indudablemente que Evia es pieza clave en el *Ramillete*. Sobre su vida hay datos concretos, salvo el de la fecha de su nacimiento. Todos los que le han citado han repetido el equívoco, pues no se ha encontrado hasta hoy ningún documento que registre el año exacto en que nació. Posiblemente se enmarque entre estas dos fechas: 1620 a 1623, si tomamos algún indicio deductivo como éste: entre 1645 y 1648 Evia se traslada a Quito desde Guayaquil, su ciudad natal, a estudiar en el Colegio Seminario de San Luis donde tiene como maestro al P. Bastidas. En este lapso su amistad y relación literaria se inician y el mismo Evia en el *Ramillete* da el testimonio de tiempos existenciales:

“...yo estaba –nos dice– en los abril de mis tiernos años”, en tanto que Bastidas cosechaba “las primeras flores de su juventud”. Y si Bastidas nace en 1615 para este tiempo (el del encuentro con Evia) debió tener no más de 30 años y de las “flores de juventud” del maestro a los “abril de los tiernos años” de su alumno, no hay mucho trecho diferencial. Ese trecho posiblemente contenga el año fijo de su natalicio.

Evia es guayaquileño y sus progenitores don Toribio de Evia y doña Catalina González de Vera y Bohórquez también. Su padre y su abuelo fueron hombres de bien ganado prestigio moral y solvencia intelectual habiendo ocupado por varias ocasiones –los dos– el cargo de Cabildantes de Guayaquil. No fue jesuita, como se afirma, sino sacerdote secular; eso sí, estudió en el Colegio de la Compañía de Jesús de Quito, teniendo como maestro al P. Antonio Bastidas y como compañero al colombiano Hernando Domínguez Camargo. Se doctoró en Artes en la Universidad de San Gregorio, el

20 de mayo de 1675. Tampoco es cierto que viajó a España, ni se sabe dónde y cuándo murió.

La iniciativa de formar el *Ramillete* y editarlo fue a no dudarlo de Xacinto de Evia, así nos dice en el proemio de la antología: “Ofrezco a la juventud este Ramillete de varias Flores Poéticas, algunas cultivadas de mi ingenio y otras que tenía recogidas del muy reverendo Padre Antonio Bastidas, de la Sapientísima y Nobilísima Religión de la Compañía de Jesús, el tiempo que fue mi Maestro de Mayores y Retórica”. Y continúa: “He tomado este trabajo para ofrecer a la florida juventud los versos que pude recoger de mi Maestro, siendo su discípulo, y otros pocos que adquirí después que salí de su escuela, por darle este breve honor y gloria, y pagarle siquiera, esta vez reconocido lo que debí tantas veces a su doctrina”. Si Xacinto de Evia se empeñó tanto, por gratitud, en publicar los versos del P. Bastidas, su maestro, y gracias a lo cual nos llegó la voz copiosa de nuestro primer poeta cronológicamente hablando; es al P. Bastidas, en cambio, a quien deben las letras colombianas la presencia del Dr. Hernando Domínguez Camargo en la primera línea de la poesía de la Colonia, pues nuestro jesuita y poeta luchó denodadamente por que se publicara el *Poema Heroico de San Ignacio de Loyola*, obra capital de Domínguez Camargo. El P. Bastidas no sólo que rescató del olvido el manuscrito, sino que corrió con los gastos para su publicación, amén de los costos de embalaje y difusión en la Península y en tierras de la Nueva España.²

Además el P. Bastidas fue quien proporcionó a Evia la *Invectiva Apologética* para que incorporara en la parte final del *Ramillete*, aunque después cambió de parecer optando por pedir que saliese en dos tomos diferentes, pues al enviar el dinero al P. Pedro Bermudo a Madrid le decía: “300 patacones³ van: los 200 para el *Ramillete Poético* los 100 para la *Invectiva Apologética*”. Al final la *Invectiva* salió como apéndice a la obra de conjunto. Y en el *Ramillete* está lo mejor de la vena lírica del bardo colombiano: 5 poemas de encumbrado

¹ *Los dos primeros poetas coloniales*, introducción y notas del P. Aurelio Espinosa Pólit en Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Editorial J. M. Cajica Jr. S.A., Puebla-México, 1960, p. 21.

² “Estimaré que V. R. me encomiende y dé a conocer a dicho Padre Procurador y vea si debo aún algo de la imprenta de *San Ignacio* (se refiere al poema) y avísame para que satisfaga todo. Que porque el P. Alonso de Pantoja me dijo que con los trescientos patacones había suficiente para el POEMA, no remití más en la ocasión, y también porque entonces no me hallaba a mano sino con esa cantidad”. Carta del P. Bastidas dirigida al P. Pedro Bermudo desde Popayán 16/XI/1670 a Madrid. Texto y referencia tomados de *Los dos primeros poetas coloniales ecuatorianos*, de Aurelio Espinosa Pólit, México, Edit. Cajica, 1960.

³ Patacones: monedas de plata antiguas.

aliento poético y, además, la aclaración de que el *Poema de San Ignacio de Loyola* es de su autoría. He aquí la referencia textual:

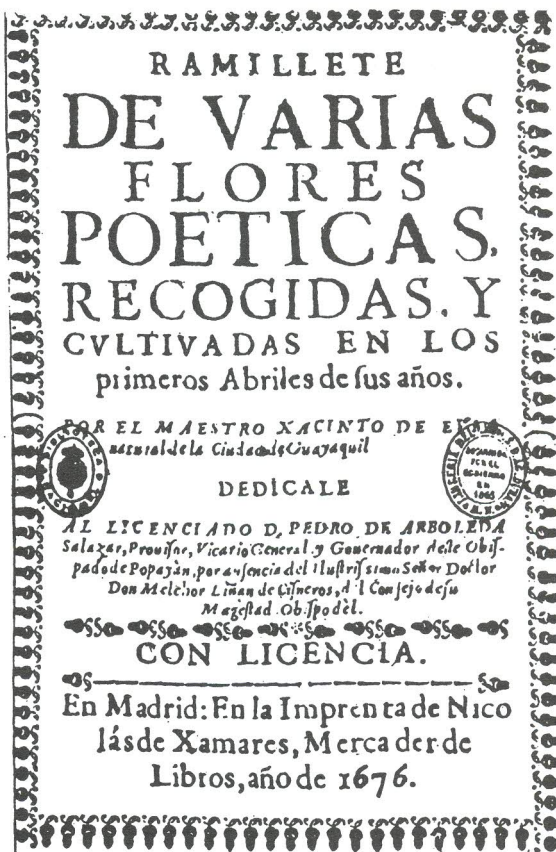
Otras flores aunque pocas del culto ingenio, y floridísimo Poeta, el Doctor D. Hernando Domínguez Camargo. Autor del Poema heroico de S. Ignacio de Loyola, Fundador de la Muy Ilustre, y Sapientísima Religión de la Compañía de Jesús.

Los cinco textos de Domínguez Camargo que constan en el *Ramillete* son: *Soneto a don Martín de Saabedra y Guzmán*, el romance *A un salto por donde se despeña el arroyo de Chillo*, el romance *A la muerte de Adonis*, las octavas de *Al agasajo con que Cartagena recibe a los que vienen de España*, el romance *A la Pasión de Cristo* que escribe a imitación de otro de Paravicino⁴. *La Invectiva Apologética* la escribió en apoyo del romance anterior y contra quien intenta emularlo.

Hernando Domínguez Camargo (1606-1659)

Oriundo de Santa Fe de Bogotá. Ingresó como aspirante muy joven en la Compañía de Jesús, siguiendo disciplinadamente sus estudios hasta ordenarse como sacerdote en Tunja; posteriormente abandonó la Compañía, manteniéndose como cura en las localidades de San Miguel de Gachetú, Tocacipán, Palta y Turmequé, pertenecientes todas al Corregimiento de Tunja (Colombia). Para 1657 ya tenía lista la *Invectiva Apologética*, no así el *Poema Heroico de San Ignacio*, cuyos retoques finales no los pudo dar. A finales de 1658 entrega los originales de estas obras al P. Antonio Bas-

⁴ En el libro *Historia de la Literatura en Nueva Granada* de José Ma. Vergara y Vergara, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, tomo II. Bogotá, 1958, se hace constar el romance *Al mismo arroyo en metáfora de toro* como si fuera de Domínguez Camargo, cuando en verdad su autor es el P. Bastidas. (Léase la aclaración que el mismo Evia da en la página 239 del *Ramillete*).



tidas a quien había conocido igual que a Xacinto de Evia cuando ejercía el apostolado de la enseñanza en Quito, antes de dejar la Compañía. En febrero de 1659 muere; pocos días antes había hecho su testamento. Como dijimos anteriormente, su obra es publicada póstumamente gracias al esfuerzo del P. Bastidas, como al del sacerdote Xacinto de Evia. Su mayor obra tanto en extensión como en cuanto a calidades poéticas aunque desiguales es el *Poema Heroico de San Ignacio de Loyola*, que vio la luz en Madrid en 1666 en los talleres de Josep Fernández de Buendía. Les siguen luego en importancia de ancestro lírico los 5 poemas y por fin la *Invectiva Apologética*, que forman parte del *Ramillete*.

Estructura del *Ramillete*

El *Ramillete* en sus originales fue enviado a España para su publicación posiblemente en 1669, ya que recién en 1670 se tiene la primera noticia donde Bastidas insta al P. Pedro Bermuda a que inicie la impresión: Esto quiere decir que la aventura de su publicación con todos los riesgos duró más o menos siete años. El libro consta de 406 páginas en las cuales hay 78 poesías del P. Antonio Bastidas, su maestro; 69 del propio Xacinto de Evia; 5 de Hernando Domínguez Camargo y 8 de un poeta jesuita desconocido, pero a quien lo identifica como “un florido ingenio”. La variedad del *Ramillete* se da en diferentes planos: Bastidas abarca la mayor parte de “flores fúnebres” y “las heroicas y líricas”. En cambio su discípulo Evia llena las “amorosas” y las “burlescas y satíricas”, así como las “sagradas”. El espacio de Domínguez Camargo está dado por los cinco poemas ya citados y como apéndice la *Invectiva Apologética*. Pero también contiene el *Ramillete* cierta variedad de géneros y subgéneros literarios. Junto a las estrofas de cortes versales rimados en asonancia o consonancia de claros deslizamientos rítmicos, está la

prosa. En el caso de Evia, son sus circunloquios explicativos de abiertos cielos mitológicos griegos y latinos, prueba fehaciente de su formación humanística en claustros jesuitas. Pero también –y esto es importante para los ecuatorianos– se da el primer brote de lo que podríamos llamar el texto ficción o cuento en los registros de nuestra literatura, con *El Sueño de Celio*.

En otro capítulo: “Oraciones y Certámenes”, hay planos y esquemas dialogados en función más de representación que de lectura y entra de lleno en la escenificación de alegorías religiosas con coros y escalas que nos transportan a los ciclos primeros del teatro griego. Termina el libro con la *Inventiva apologética* (véase la rectificación de la escritura primera) del Dr. Hernando Domínguez Camargo.

Los poetas del *Ramillete*

Bastidas, Evia y Domínguez Camargo son poetas. Los tres. Incuestionablemente son poetas, aunque con diferente fortuna en el camino de los estudios y evaluaciones. Los tres tuvieron que soportar duramente más de dos siglos, cuando no la indiferencia, el menosprecio gratuito por el simple hecho de haber dado su mensaje en telares gongoristas o culteranos, formas y estilos no compatibles con ciertos gustos literarios omnímodos de aquel tiempo. Menéndez y Pelayo, figura respetable de las letras en lengua española, fue implacable con el *Ramillete* y sus autores: “Monumento de hinchazón y pedantería” le llama en su *Antología* citada. Y desde él casi una escuela de tratadistas no han hecho sino repetir las equivocaciones conceptuales. Hubo de esperarse la llegada de las dos primeras décadas del siglo XX para que empezaran a caminar sin ataduras ni prejuicios las huellas trascendentales de sus poesías. El primero en ser restituido al lugar que le corresponde por su alto vuelo creativo fue el colombiano Hernando Domínguez Camargo, quien en 1927 en la *Revista de Occidente* de Madrid es incluido por Gerardo Diego en su *Antología poética en honor de Góngora*. Más tarde, de un solo verso de Domínguez Camargo, el poeta español hizo un estudio académico singular. Luego Emilio Carilla en 1946, al publicar un estudio sobre *El Gongorismo en América*, en la editorial de la Universidad de Buenos Aires, asienta el prestigio de este poeta y sienta criterios muy objetivos de valor estilístico sobre nuestro Xacinto de Evia. Después los estudios y análisis sobre la poesía de Domínguez Camargo

se han multiplicado dentro y fuera de su país de origen; basta citar los más importantes: Ediciones Modernas de Arbeláez (*ABC*, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, 25, Bogotá, 1960) con estudios de J.A. Peñalosa y G. Hernández de Alba. Los de Meo Zilio (1967) y los breves trabajos de Bulat Kim (1962).

En importancia por categoría literaria le seguiría Antonio Bastidas, quien lamentablemente es el menos conocido y estudiado en el nivel internacional. No así Evia, que de mano en mano ha sido por lo menos citado por propios y extraños aunque sin la atención y detenimiento que requiere su obra literaria. Emilio Carilla es el que mejor le aprecia fuera de nuestras fronteras, y dentro del país son notables los estudios hechos tanto de su poesía como de la de Bastidas por el P. Espinosa Pólit, humanista e investigador incansable sobre la historia y los vericuetos del *Ramillete*. Y a él le debemos las primeras apreciaciones y aproximaciones serias de la poesía de Bastidas y Evia realizadas en su prólogo-estudio de *Los dos primeros poetas coloniales ecuatorianos* (Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Editorial J.M. Cajica, Puebla, México, 1960). Luego Hernán Rodríguez Castelo en su libro *Literatura de la Audiencia de Quito, siglo XVII* (Ediciones del Banco Central del Ecuador, Quito, 1980) con gran capacidad de análisis en cuanto a estilos y recursos tropológicos, así como de estructuras figurativas y devaneos gongoristas, aborda científica y lingüísticamente las atmósferas poéticas y las simplemente literarias hasta situarlas y situarlas en el ámbito que por derecho les corresponde. Y por fin, en 1992, el mismo año de su fallecimiento, Alejandro Carrión (1915-1992) nos entrega bajo el auspicio del Banco de los Andes y la Academia de la Lengua del Ecuador, un precioso libro (por los nuevos hallazgos investigativos realizados: un soneto y muy bueno de Gaspar de Villarreal y el retorno a casa del sacerdote Pedro Espinosa de los Monteros, nacido en Loja, Ecuador y a quien el ilustre polígrafo doctor Luis Alberto Sánchez lo incluye como peruano en su *Historia de la Literatura*) titulado *Antología General de la Poesía Ecuatoriana durante la Colonia Española*. En este libro Carrión amplía los alcances analíticos y estrecha –por fin– el marco del reconocimiento general. Esperamos que con esta edición facsimilar del *Ramillete*, los análisis y estudios desde afuera se detengan con perspectiva de tiempo y espacio en estos dos poetas nuestros. No habrá atmósferas de magia y proyección como en la obra de Domínguez Camargo, pero los aciertos de

giros tropológicos, la audacia de ciertas fórmulas verbales, la coyuntura misma del lenguaje en funcionalidad culterana (Góngora y Calderón de la Barca), son fuentes de donde emanan, no pocas veces, una auténtica poesía. No hay uniformidad en los planos creativos, ni sostenimiento de imagen traslaticia y esto merma sus categorías, aumenta los ciclos lastrosos y anquilosa el camino ufano. Pero hay que ser sabuesos en el arte si queremos ser equidistantes en los juicios de valor definitivos. Muestras como las que siguen, deben y tienen que perdurar:

*un rosal tan de gotas salpicado,
que sudor se ha juzgado,
que en la lucha valiente
por escapar de sombras, sudó ardiente.*
(Silva a la rosa, A. Bastidas)

*un éxtasis de hielo
detuvo el curso y enfrenó su vuelo.*
(A. Bastidas en *Lamento en la muerte de don Baltazar Carlos, Príncipe de España*)

Y cediéndole a Bastidas la primogenitura cronológica dentro de la historia, lo hacemos con base en su desgarre poético incuestionable en su abundante obra, pues pese a sus largos espacios de versificador comprometido, llena todas las exigencias requeridas, debiendo en cambio consignar nosotros, por honestidad histórica, que antes de él la presencia del verso con algunos rasguños líricos respetables ya se sintió en nuestro acontecer literario, de vez en cuando. Teresa de Jesús Cepeda y Fuentes (1566-1610) escribe una amena composición de arrebató religioso localizada en el “diario espiritual” del P. Bernardo Recio, jesuita español que vivió hacia 1571 en la Real Audiencia de Quito. Esta poesía fue publicada por el P. Espinosa Pólit en el matutino *El Comercio* de Quito, el 5 de junio de 1959; Manuel Hurtado (1582-?) triunfador con una glosa en el certamen que se realizó en Quito con motivo del aniversario del fallecimiento de Margarita de Austria, Reina de España; Fray Gaspar de Villarroel (1592-1665) traído recientemente a nuestro parnaso por la mano de ese otro insigne investigador, poeta y relatista Alejandro Carrión, en su libro ya citado⁵ con un soneto de tajantes virtudes poéticas titulado *A la excelentísima*

historia de Juan de Castellanos y, por fin, don Alonso de Peñafiel y Araujo (1539-1657) autor de un “Fragmento” de deliciosos aromas calderonianos, donde la flexibilidad sintáctica revela no sólo el buen manejo del lenguaje literario, sino la concordancia feliz de algunos ángulos poéticos. Como se verá, estos cuatro adelantados surcos de nuestra lírica colonial no aportaron mayormente ni en calidad ni cantidad. Chispazos de compromiso unas veces, disfrute de habilidades, en otras. El sendero mayor vino, pues, con Antonio Bastidas, quien revela fuerza de vocación, conocimiento de causa y proyección histórica-estética en las estructuras formales y conceptuales. Por ello su bien merecida ubicación como Primer Poeta Ecuatoriano.

El poeta Xacinto de Evia

Evia como poeta es más permeable que su maestro Bastidas. Los alambicamientos de léxico figurativo de tipo culterano casi no ingredientan el caudal de sus versos. En el rigor estructural del soneto se perciben ciertas transposiciones morfosintácticas para efectos de rima o por aficiones culteranas; mas, al final, la idea se engalana en la flexibilidad de los tercetos como en los cuatro sonetos que van en su selección. Las composiciones de verso menor como sus romances o sus décimas parecen darle mejor y mayor oportunidades de manejar los planos líricos, ya sean en el desguince humorístico o en los requiebros amorosos:

*Celos y amor originan
de ardor y hielo dos fuentes,
temple la fuente de amor
de celos la fuente ardiente.*

Quizás después de la lectura de su *Décima del sueño amoroso*, podamos valorar su rasgo lírico que sin ser de encumbrados niveles, vale la pena despertarla pues en esos diez versos de admirable síntesis está configurada poéticamente, por sus correlativos efectos, una verdad – por incuestionable – universal.

Van de nuevo los poetas del *Ramillete* a caminar, pero esta vez más seguros que antes porque han sabido trastocar por obra y gracia de sus musas, el silencio de siglos en la voz de un espacio irreversible.



⁵ *Antología General de la Poesía Ecuatoriana durante la Colonia Española*, Quito, 1992, auspician Banco de los Andes y Academia Ecuatoriana de la Lengua.